

le conté que se reían de Galsworthy, dijo que también se reían de Wordsworth. No creía que todavía siguieran riéndose de Wordsworth. Eso era lo que la hacía tan simpática. Vino del oeste hace mucho. Había enseñado en la escuela durante tanto tiempo, que se dejó de pensar en su edad. Después de haber visto veintisiete representaciones de *Hamlet*, y después de haberlo tratado durante dieciséis años, llegó a ser una especie de inmortal. Su interpretación era la que se aceptaba en los exámenes universitarios. Eso ayudaba mucho a todos. Nadie tenía que pensar en una nueva interpretación.

Cuando me invitó a tomar el té, me senté en un sillón de nogal, con uvas esculpidas en lo alto del respaldo y yo pasaba y repasaba con el dedo las líneas del mueble.

Le leí una de mis piezas de teatro. Le pareció maravillosa. Le pareció maravillosa porque no la entendía y porque se gastaron dos horas en leerla. Cuando terminé, dijo:—Sabe, esto me ha cogido... Realmente me ha interesado mucho. Pienso que es muy bueno que Ud. escriba. Una vez tuve un alumno japonés a quien le gustaba escribir. Fué un muchacho encantador hasta el verano que estuvo en Provincetown. Cuando regresó decía que podía expresar una abstracción completa. Imagínese... una abstracción completa. Bueno, yo no quería oír hablar de eso y le dije cuan absurdo me parecía y traté de volver a comenzar con Galsworthy, pero creo que ya había ido demasiado lejos. Poco después partió a Nueva York y luego a París. Fué una lástima! Un verano en Provincetown lo arruinó. Sus notas bajaron... abandonó las clases por irse a los conciertos.

Pasó a la cocina y trajo un platón de pastelillos. Los pastelillos estaban sabrosos, cubiertos con una capa blanca que los hacía brillar a la luz mortecina del sol. Yo miraba el dulce rojo que llenaba hasta reventar la pasta fina y manchaba los triángulos de brillante damasco. Los pastelillos estaban buenos. Me los comí casi todos.

Ella temía que yo pudiera seguir el camino de su discípulo el japonés. Dudaba de quien no estuviera de acuerdo con Heine sobre Shakespeare y con Groce sobre expresión.

Un día me llamó a su antiséptica oficina y me habló de Joyce.

—Ud. sabe, Carlos—dijo—esta realidad sexual puede ser tan absurda como una crítica exagerada de tales asuntos. Ud. lo sabe, ¿no es cierto? Claro que sí. Luego salió del cuarto. Tenía derechos los tobillos y usaba una banda de oro sembrada de chispitas de diamantes en el dedo anular. Llevaba una falda torcida larga adelante y jalada hacia arriba de un lado. Siempre una cosa u otra. Cuando dejó la escuela, no le gustó. Temía que yo pudiera ir muy cerca de Provincetown. Me deseó buena suerte y acercó y retiró el secante en su escritorio. Luego volvió a sus comentarios sobre *Hamlet*.

A fines de febrero, echaron a Laura Driscoll por que dijo a sus alumnos de historia que Sacco y Vanzetti eran inocentes. En la asamblea de despedida, el director nos contó que le dolía mucho que ella se fuera, y casi nos convenció. Entonces Laura se levantó y dijo al director que él no era más que un infeliz mentiroso, y sacudiendo sus dedos abiertos en abanico trató la escuela de maldito charco en donde todo se estanca.

La señorita Courtwright se aseguró en su silla y sabía que eso era verdad. No le im-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

portaba gran cosa. El profesor Rogers la molestaba también un poco con su movimiento antifeminista. Pero sabía que ella había enseñado en la escuela por mucho tiempo y que ningún movimiento le iba a quitar el hueso de la noche a la mañana, con todos los muchachos que había pasado de contrabando a Harvard y los dieciséis años de *Hamlet*.

Laura Driscoll.—Las clases de historia son siempre muertas. Esto es una consecuencia lógica, porque la historia es materia muerta. No se trata de un fruto muerto, de un trapo muerto o de luz muerta. Su muerte es diferente. La propiedad de no contar con el tiempo que tiene la muerte, no reza con ella. Está muerta como el decorado en una ópera: lienzos agrietados, pintura desteñida y escarapelada y luces muy brillantes. Está muerta como agua estancada en una bañera de zinc.

—Vamos a estudiar historia antigua este año—dice el maestro a los alumnos.

—Sí, la historia antigua será nuestro campo.

—Por supuesto que esta no es ya una clase de niños. Espero que la disciplina será la disciplina de jóvenes bien educados. No gastaremos el tiempo en reprender como si se tratara de chiquillos. No. Ya estamos capacitados para emplear todo nuestro tiempo en historia antigua.

—Ahora, en cuanto a preguntas. Yo contestaré las que sean importantes. Si no las considero importantes, no las contestaré, porque el año es corto, y debemos llenar un campo vasto en corto tiempo. Así pues, si todos cooperamos y nos sabemos portar y no se hacen muchas preguntas, se llenará el programa y tendremos suficiente tiempo al fin del año para el repaso.

Tal vez les pueda interesar el hecho de que un alto porcentaje de alumnos fué aprobado en esta clase el año pasado. Me gustaría que el número fuera mayor este año. Piensen, muchachos: ¿no sería espléndido si un número mayor, un número más grande que el del año pasado fuese aprobado? ¿No sería admirable? Bien, no hay razón por qué no podamos hacerlo, si todos cooperamos y nos portamos bien y no se hacen muchas preguntas.

—No olviden que yo tengo doce personas por quienes preocuparme, y Uds. tienen solamente una. Si cada uno tiene cuidado con su trabajo y pasa a tiempo los apuntes, se me ahorrarán molestias. El tiempo y el trabajo dirán si Uds. pueden entrar o no a la Universidad y yo quiero que todos ustedes vayan a la Universidad.

Si se interesan en sus pequeñas obligaciones, si hacen lo que les toca y lo hacen bien, saldremos bien. Uds. forman un grupo joven de brillante apariencia y yo quiero que todos sean aprobados. Quiero que vayan a la universidad con las menores dificultades posibles.

—Ahora, en lo que toca a los libros de texto...

Ignoro cuanto tiempo las clases de historia han sido así. Supongo que alguna vez la historia fué algo vivo. Eso fué antes de que muriera llena de moscas y sin lucha.

Todos parecen darse cuenta de que la historia es algo muerto. Nadie se alarma. Maestros y alumnos aman la historia muerta. No les gusta cuando es viva. Cuando Laura Driscoll trajo la historia con fuerza a la clase, historia convulsa y amarga, echaron a Laura Driscoll, y estrangularon la historia.

Era demasiado tumultuosa. Demasiado turbulenta.

En historia, la inteligencia se usa para la especulación mecánica sobre un siglo o fondo probables. La memoria se emplea para listas de hechos muertos y de nombres. Cuando se comienza a aplicar la inteligencia al campo mental de la época, al desarrollo emocional de sus habitantes, resulta peligroso. Laura Driscoll era terriblemente peligrosa. Por eso Laura Driscoll no se consideró nunca como una buena maestra de historia.

No fué mi primer maestro de historia. No será tampoco el último. Pero ha sido el único maestro de historia capaz de hacerla sentir con una vibrante emoción, o si se trataba de una persona de escasa inteligencia, con una sensación de poesía.

Tenía cinco pies cuatro pulgadas de alto, cabello oscuro y piernas torcidas de montar a caballo. Todos pensaban que Laura Driscoll era una gran cosa. Ha sido el único maestro que he visto quedarse transportado. De pie, junto al pizarrón, nos gritaba sus descubrimientos en la Cultura Egipcia. Nos hacía ver el sentido de los hervideros de las gárgolas de Chartres en la lluvia. Enseñaba la historia como una interminable corriente de acontecimientos contemplados a través de las tergiversaciones del ambiente inmediato. Enseñaba la historia en los amplios ritmos del drama de Hauptmann, en la melancolía extática de Egipto ante su sombra en la arena interminable, en la simetría de la cultura dórica. Enseñaba la historia como una hipótesis de la cual podemos extraer el valor de nuestra propia vida.

Era el único maestro que comprendía que, por el hecho de venir del Oeste, no tenía que ver con la educación de niños de New England.

—No sé como reaccionan Uds. con el mar,—decía.—Porque yo he venido de una tierra lejos del mar. Mis elementos son los campos, el sol, la cadencia plástica de las nubes y el cielo sin nubes. Uds. han sido criados junto al mar, han sido educados por la cadencia de las rompientes y la fuerza del viento.

—Mis puntos de vista emocionales tienen que diferir de los de Uds. No dejen imponerse mis percepciones.

Pero al consejo de la escuela no le importaba que se conociera a Chartres más que por sus fechas. A ellos les tenía sin cuidado que se contemplara la historia desde la montaña o desde el mar. Laura empleaba mucho tiempo en estas trivialidades y no todos sus discípulos lograban entrar en Harvard. La verdad es que muy pocos de sus discípulos entraban en Harvard y esto no hablaba en favor suyo.

Mientras los otros miembros del Consejo charlaban del estilo Hepplewhite y de las linduras de Duncan Phyfe, Laura estaba ante Siva el de las cinco manos o la compasión sin sexo en la gloria de su policromía des-